

LA LLAMADA Y SUS PEDAGOGÍAS. REFLEXIÓN DEL EQUIPO EUROPEO DE CATEQUESIS

*Carmelo Torcivia*¹

OBSERVACIONES PRELIMINARES

Esta reflexión concluye con el tema “*La llamada y sus pedagogías en la Europa contemporánea*”, que el Equipo Catequético Europeo abordó en su Congreso bienal.

Se estructurará de la siguiente manera

- En un breve resumen del trabajo realizado tanto en la presentación de los informes como en los debates de las asambleas, propuestos esquemáticamente por tesis;

¹ Profesor de Teología Pastoral en la Facultad Teológica de Sicilia y de Introducción a la Teología a la Lumsa Facultad de Jurisprudencia de Palermo. En la diócesis de Palermo, ha dirigido la pastoral juvenil diocesana y luego ha sido capellán de la universidad, y párroco de la Iglesia de Santa Maria della Catena. Es fundador-responsable de la comunidad eclesial “Kairòs”. Ha publicado *La Chiesa oltre la cristianità* (EDB 2005); “*Chi è l'uomo, Signore?*”. *Viaggio alla scoperta del cuore* (Pozzo di Giacobbe) e *La Parola edifica la comunità. Un percorso di teologia pastorale* (2008). Fue presidente de AICA (Asociación italiana de catequetas).

- En el foco, diagnóstico y prospectiva, de los problemas centrales.

Resumen de los trabajos

- *El contexto histórico-ecclesial contemporáneo*
 - En un contexto fuertemente secularizado es posible encontrar muchas personas que buscan (“buscadores”) y el nacimiento de muchas experiencias significativas de cristianismo “abierto” capaz de implicar a los jóvenes, cuando la evangelización no es adoctrinamiento sino inculturación, cuando no hacemos guerras culturales, pero captamos en profundidad las exigencias de la cultura contemporánea, cuando no hacemos ideologías sino que trazamos serios caminos de investigación común.
 - Desde el punto de vista de la figura de la Iglesia que queremos realizar hoy, en una sociedad pluralista, no debemos pensar en una Iglesia estructurada como una comunidad paralela a la sociedad (que genera sectas), sino en una Iglesia que abre sus puertas a los muchos “buscadores”, sin querer inmiscuirse en sus estructuras y estandarizar sus esquemas culturales.
 - Debemos distanciarnos claramente, por una parte, del liberalismo extremo y, por otra, del secularismo y los fundamentalismos cristianos. La mayor amenaza hoy es un nacionalismo y un populismo que abusa de los símbolos cristianos.
 - Se debe llevar a cabo una reforma seria de la Iglesia que involucre no sólo a las estructuras sino también a las mentalidades. Debe ser una verdadera conversión, una “metanoia”.
 - La búsqueda de la verdad, partiendo de las raíces cristológicas autóctonas, exige que podamos dar testimonio de la verdad, pero sólo en estrecha relación con el camino y la

vida. Se trata de una itinerancia en la búsqueda de la verdad que nunca nos permite olvidar la estructura permanente de ser discípulos.

- ***El paso de la “vocación” religiosa a la “llamada” antropológica responde a una investigación/reflexión***
 - Antropológico que pone la llamada a la vida como fundamento para el descubrimiento de un ser humano ya no atorillado en los meandros de una subjetividad auto-referencial y fragmentada, sino que es alcanzado por una llamada que lo precede y lo desafía en el camino de la asunción de responsabilidades y compromisos, precediendo también a cualquier camino necesario de autoconciencia;
 - La teología, que, aprovechando la lección de la secularización, ha abandonado los esquemas sagrados y “mágicos” del pasado y está en camino de seguir a Jesucristo, entendido como un redescubrimiento del camino de la plenitud de la humanidad (“gloria Dei homo vivens”: San Ireneo de Lyon), vivió en profunda solidaridad existencial con cada hombre y cada mujer y en compañía de cada uno de los últimos de esta tierra (último entendido en los significados social y moral);
 - El enfoque teológico-espiritual, así como el tema de la vocación, incluso en su sentido específicamente religioso y ministerial, sólo puede ser trazado a lo largo de todo el proceso de la vida y, frente a la gratuidad de la llamada / vocación que da nombre a todas las cosas y propone una tarea / misión más allá de todo mérito, implica la puesta en juego de la libertad en relación con la decisión a la que está llamada la persona humana, por lo tanto, va mucho más allá de una perspectiva resuelta sólo en una respuesta oportuna y de tipo mecanicista;

- Catequética que considera importante trasladar el ejercicio de sus reflexiones del ámbito eclesial al antropológico, es decir, a la búsqueda de un ser humano que descubra impregnado de llamada-vocación;
 - De la pastoral juvenil en la medida en que la Iglesia tiene el deseo de llegar a todos los jóvenes y de llegar a ellos desde una perspectiva vocacional, evitando así cualquier deriva subjetiva centrada todavía en la búsqueda del sentido de la propia vida en favor de una existencia en la que uno se pregunte qué significa entender la propia vida como un “vivir para lo que se vive”.
- ***El acompañamiento de la llamada tiene como tema una catequesis que***
 - Es escuchar profundamente, incluso en la forma concreta de la mediación del catecismo, lo que *la tradición espiritual-eclesial* (originalmente de la enseñanza de los Padres del desierto y luego fusionada con la de San Ignacio de Loyola) nos da sobre la pedagogía de acompañar al creyente para una plena conciencia espiritual: a) la petición de gracia, que lleva al desarrollo de una disposición del corazón a ser educado en el encuentro con Dios, b) la contemplación de Cristo, que lleva a una fuerte relación personal con él para poder escuchar su llamada, c) el discernimiento de los espíritus, que da cuenta de los actuales y distintos “movimientos” interiores de los que todo hombre está habitado; esta importante línea pedagógica choca desgraciadamente hoy con dos problemas importantes: la dificultad de comprender y, por tanto, de vivir un tiempo específico en el que hay que aprender con calma, sin dejarse dominar por la prisa de todo y de inmediato, y la observación de una gran y difundida pobreza de formación, entendida a todos los niveles, que caracteriza a los catequistas;

- Refiriéndose también a lo propuesto tanto por la reflexión de Ricoeur como por la *pastoral del engendramiento*, atesora la orientación radicalmente responsable de la existencia humana, gracias a la cual, a pesar de todo “no” posible, no renuncia a la confianza en las promesas de las que está impregnada la vida del hombre y dice “sí” a esta misma vida, que siempre merece ser vivida y que, por lo tanto, está entrelazada con el camino de santidad dado por Dios;
- Aún ante los diferentes rostros que la fragilidad, la liquidez y la tragedia asumen en la existencia humana, encuentra en el camino narrativo, ético y poético la triple declinación de la búsqueda de una “configuración” unitaria de todos los elementos dispersos y fragmentados de la existencia concreta de cada persona humana, que siempre juega a recibir y darse a sí misma la asunción responsable y plena de la realidad.

Problemas en juego y posibles perspectivas

El trabajo realizado en este Congreso plantea dos problemas importantes para los catequistas y para la Iglesia:

- a) El abandono, ojalá ya definitivo, de toda perspectiva clerical en las prácticas y reflexiones vocacionales;
- b) El paso de la atención catequística de la vocación a la llamada, tanto a nivel del objeto de investigación como a nivel de las perspectivas de investigación.

El primer problema es ciertamente obvio en la literatura teológica y catequética. Y, sin embargo, sigue estando presente en muchas prácticas eclesiales, incluso de carácter institucional. Muchas veces, y esto también ha surgido en nuestro Congreso, se alzan las voces de hermanas y hermanos laicos que, con dolor y firmeza, siguen denunciando una disparidad en la consideración teórica y en el tratamiento práctico entre las diferentes vocaciones de la Iglesia. Es como si la vieja mentalidad clerical tuviera dificultades para morir.

Desde el punto de vista de la reflexión eclesiológica, teológico-pastoral y catequética parece que hay poco que decir, porque todo está dicho. Y, sin embargo, puesto que la reflexión teórica sobre la igual dignidad de las vocaciones individuales ya se ha llevado a cabo, se puede razonar sobre un principio que me gustaría llamar “munológico”. La reflexión parte del cuestionamiento de lo que es la “comunidad” por el valor evidente que tiene en las perspectivas sociológica (Z. Baumann, A. Bagnasco), eclesiológica (H. Legrand, S. Dianich) y teológico-pastoral (F. Klostermann, P.M. Zülhener). El origen del término comunidad puede derivarse de *cum-moenia* y *cum-munus*. Cuando se deriva de *cum-moenia*, el sentido de división entre los que están dentro y fuera de los “muros” de la comunidad y el consecuente fuerte sentido de pertenencia que se deriva de ella son particularmente subrayados. Si se quiere, se puede rastrear este significado de comunidad ya en la conocida y fundadora obra de F. Tönnies en 1887, en la que se oponían los conceptos de “comunidad” y “sociedad”. Cuando se deriva de *cum-munus*, el significado cambia. Se trata, en efecto, de considerar el significado de la palabra latina *munus*, que implica la idea de que es un don, que uno tiene el deber de ejercer como una tarea (R. Esposito). En este sentido, la comunidad se hace dinámica por el ejercicio de estos dones individuales que se intercambian y se aprovechan para el bien común. La comunidad es, pues, un todo abierto, incluso a posibles otros *que* la enriquecerán, y no tiene muros que la protejan. No se evalúa y aprecia a partir de la entidad original de los dones de los que cada persona es portadora, sino más bien a partir del fruto concreto que se produce de la interacción común del ejercicio de estos mismos dones.

Si seguimos esta línea de reflexión, podemos y debemos entender las vocaciones no tanto en la línea de la reflexión sobre la igualdad común de la dignidad en relación con el don recibido, sino en la totalidad del desarrollo articulado que lleva del don al ejercicio concreto de la tarea. Por otra parte, éste es el sentido bíblico de la vocación que siempre implica el don y el ejercicio de una misión correspondiente. Y en esta misión es inherente el dinamismo existencial que hace que la persona humana individual reconozca que es siempre para alguien y para algo. En este sentido, la propia identidad personal se descubre a lo largo de toda una existencia, se descubre como recibida y llamada por los demás y para este gasto “para”.

Siguiendo esta lógica y queriendo encontrar caminos de reflexión teórica y práctica para resolver este problema eclesial secular, se puede apalancar el concepto de competencia en relación con la elección de vida y ministerio. La elección de la vida matrimonial, pero también de la vida religiosa común y de la vida solitaria -consagrada o no-, así como el trabajo individual y las opciones profesionales, implican la adquisición de competencias específicas que permitan vivirlas y llevarlas a cabo bien y así llegar a una cierta calidad de vida que embellezca su testimonio específico. El criterio teológico de la obediencia “no jerárquica” a los diversos ministerios puede seguir utilizándose, para lo cual, por ejemplo, un sacerdote obedece normalmente a sus catequistas por la competencia específica que han adquirido y madurado, si no hay necesidad de fuerza mayor con respecto a la armonización comunitaria, de la cual el propio sacerdote es el garante. En una comunidad cristiana normal, entonces, el presbítero obviamente reconoce estos poderes de vida y ministerio y da rienda suelta a todas las consecuencias inherentes a ellos. Es, pues, reconocer y hacer reconocer a toda la comunidad cristiana la dignidad y la verdad de toda vocación *actual*.

Por lo tanto, debemos pedir a la comunidad de catequistas europeas que desarrolle aún más esta reflexión, en la que ya se han centrado algunos estudios catequísticos. Junto a la necesaria atención a la formación de los catequistas, será necesario retomar conjuntamente el discurso sobre el ejercicio concreto de su ministerio. Por tanto, debemos pedir a la Iglesia que se atribuyan muchos más puestos de responsabilidad a los laicos y, en particular, a las mujeres. Mientras uno se enfrente a una sobreabundancia clerical en el ejercicio de sus deberes, ¿no puede esperar un cambio de mentalidad!

En cuanto al segundo punto, el desplazamiento del interés de lo eclesial a lo antropológico, hay que reconocer que se trata de un compromiso importante para la comunidad catequística. Esta intención ya ha sido expresada y esperada, y con mucha fuerza, tanto en la introducción al Congreso de nuestro Presidente como en el informe Currò. Creo que se puede entender como un paso necesario, sentido por todos. Hay que tener en cuenta que la antropología no puede ser considerada como una premisa para partir y luego realizar otras consideraciones. La antropología es un lugar donde se puede encontrar la verdad del hombre y también de Dios, por todo lo que le pertenece en la

relación que tiene con el hombre. La investigación en antropología implica la valorización de toda la vasta esfera del cuerpo, que deja definitivamente el limbo meramente somático para asumir el papel de protagonista: el cuerpo siente, piensa, actúa incluso antes de que la conciencia personal pueda elaborar su propia reflexión, en todo caso siempre parcial. El cuerpo puede ser considerado como una especie de primer inconsciente. También implica el desarrollo de la compleja articulación de las teorías del don como sintaxis básica de lo humano. Permite la descentralización del sujeto del nombre al dativo, al acusativo y al ablativo.

Y, sin embargo, esta hermosa conciencia contemporánea de la antropología no quiere ser utilizada por los teólogos y catequistas con fines apologéticos, como una especie de nuevo lugar donde puedan descubrir algunas de las constantes del ser humano que obligan a todos los hombres a reconocerlas. En este sentido, es necesario recordar la necesidad de un enfoque hermenéutico pluralista, ejercido desde el inicio de la investigación antropológica. Es la hermenéutica, en efecto, la que da vida a todo lo que aparece como una constante antropológica, porque apuestan por los significados plurales contenidos en esa misma constante.

Como consuelo a la bondad de lo que se ha dicho, es necesario recordar la reflexión teológica que no sólo se centra en el conocido principio teológico-pastoral de la Encarnación (F.X. Arnoldo, retomado y desarrollado en el campo de la pastoral juvenil también por R. Tonelli), pero también el importante tema de la “diferencia cristiana” (E. Bianchi), que ya no se puede pensar en un nivel de comportamiento de la praxis humana y religiosa (sustancialmente el mismo bajo el espectáculo de una mirada comparativa), sino más bien en el de la diversidad de significados trazada.

Este pasaje implica todavía una ampliación del objeto de investigación y del método de la catequesis o, si se quiere, una nueva fusión de horizontes y competencias con vistas a una transversalidad fundamental de la antropología para toda la investigación catequística. Esto ya ha sucedido de muchas maneras: muchas obras dan fe de estos intentos de nuevas síntesis. Y, sin embargo, parece urgente para todos recomendar la bondad de estos intentos.

Finalmente, la distinción entre llamada y vocación representa ciertamente una ganancia reconocida por todos. Y aún así, sientes la necesidad de arrojar algo de luz sobre su relación. Si la distinción ha hecho que la esfera antropológica sea independiente de la esfera religioso-eclesial, uno se pregunta cuál debería ser la contribución específica que se dan unos a otros, respetando su propia autonomía. Sin duda, la llamada pide una vocación que inserte y relea sus temas, desde los inherentes al seguimiento de Jesús y a los aspectos comunitarios y ministeriales de la Iglesia, a la luz de los más generales, y por lo tanto fundamentales, de la estructura dialógica-patrocinadora, que revelan profundamente la existencia humana e incluso de las criaturas. Por otra parte, la vocación da a la llamada la importante contribución de una pluralidad de tradiciones espirituales, métodos pedagógicos, itinerarios catequéticos que pueden ayudar a clarificar algunos de los problemas de la llamada, inherentes a su estructura.

